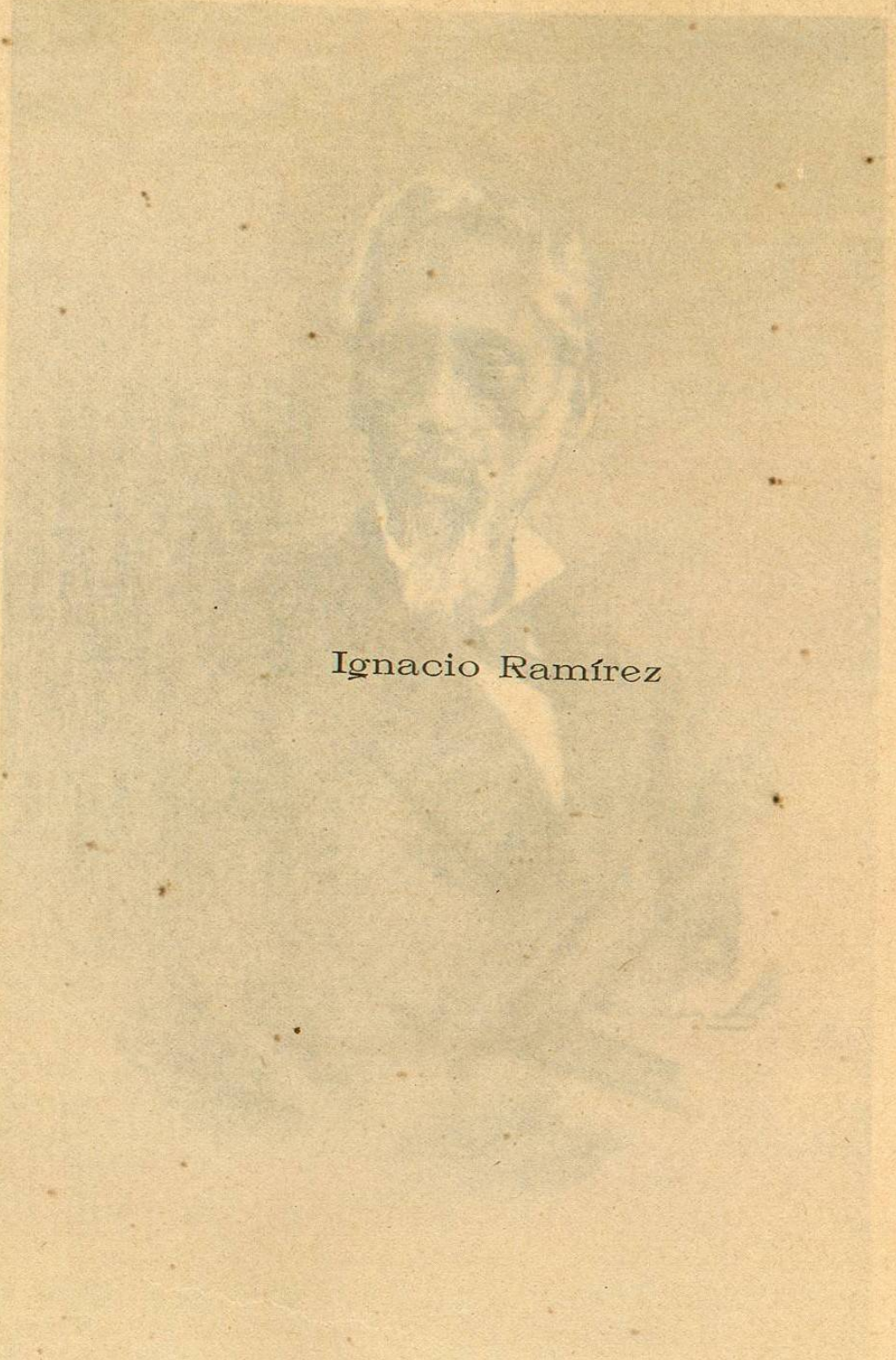


se puede decir con toda seguridad: lo afirma Ocampo, luego es verdad). Los tres se habían comunicado sus opiniones y discutídolas; probablemente habían venido á un acuerdo poniendo Ocampo en ellas su espíritu social y humanitario, Ruiz sus excelentes dotes jurídicas y Juárez su gran prudencia, su deseo de que la obra resultase sólida, de no dar un paso en falso. Esas cualidades de carácter eran cualidades presidenciales en grado superlativo. Un jefe de partido puede ser de actos primos, de arranques, de impulsos. Un jefe de nación ni puede, ni debe ser así; para gobernar á los otros es preciso gobernarse á sí mismo.

¶ Juárez y Ocampo creían que el momento en que la revolución reformista se acercase al triunfo cierto, era el que convenía para la expedición de las leyes nuevas. Se ve claro el motivo, ni podía ser más justo ni más políticamente acertado. La reacción y la masa general del clero, apellidaban la guerra UNA GUERRA DE RELIGIÓN; sostenían á porfía que puesto que todo el ataque se dirigía á la Iglesia, era el catolicismo el combatido; en defensa del catolicismo había que luchar, pues, PRO ARIS ET FOCIS, como decía en su divisa el periódico LA SOCIEDAD, el más templado, el mejor escrito, el menos dañoso de los órganos conservadores, dirigido por D. José M. Roa Bárcena, un sectario, ciertamente, pero hombre de gran inteligencia y de alto y sereno patriotismo. El temor gravísimo de Juárez consistía en que el clero y la población católica, en una inmensa mayoría, asintieran plenamente en la necesidad de una guerra santa, de una contienda religiosa. Realizar la Reforma que desarmaba á la Iglesia, que la privaba de sus bienes y de su tutela moral sobre el Estado, sin herir á fondo el sentimiento religioso, era una gran preocupación para el Presidente. Y basta que así haya pensado para clasificarlo entre los verdaderos hombres de Estado.

¶ Ninguno que merezca este nombre ha provocado la reacción del sentimiento religioso, sin haberse arrepentido de ello; pueden entrar en riña dos fases del sentimiento religioso, como sucedió en el siglo XVI en los países germánicos y en Francia, y al fin sobreponerse el de la mayoría después de desastrosas lides; pero querer someter una creencia religiosa á una necesidad política ó económica, por ingente que sea, es locura; ni al cabo lo lograron los Césares, ni Luis XIV, ni Napoleón, ni Bismarck; todos han acabado por una transacción, por edictos de tolerancia, por meaculpas, por concordatos, por coqueterías con el Papa. Los constituyentes nuestros, convencidos, en el fondo de su conciencia, de que la Reforma y el catolicismo se animaban por principios irreconciliables, quisieron mostrar que se atenían, á pesar de todo, al supremo fundamento de la religión, y comenzaron su obra invocando á Dios para dar al credo político y social que promulgaban un tinte dogmático que pudiera colocar en el combate que presentaban, porque todo lo presagiaba, no una bandera frente á otra, sino lábaro contra lábaro, de un lado una cruz, del otro un alfabeto.

¶ Las prédicas de Ignacio Ramírez, la atmósfera satánica que lo rodeaba, lo inflexible de su dialéctica que, unida á su áspero sarcasmo, parecía hierro y carbón unidos para producir la piqueta de acero con que lo despostillaba todo y tendía á demolerlo todo, enardeciéndose en su obra hasta llegar á las cimas excelsas de la elocuencia; la clarividencia de Ocampo, que se empeñaba en trazar el derro-



Ignacio Ramírez



tero social de la revolución reformista, porque sin ese carácter ni la comprendía ni la amaba (un socialista un poco lírico, un poco inconsecuente, como eran casi todos los engendrados por la revolución de 48, eso era Ocampo); la pasión de Ocampo, que decía á Juárez en un documento célebre: «El becerro de oro es el último Dios que le falta á la humanidad que combatir y que desacreditar. Por fortuna se encuentran ya muchísimos que piensan que el dinero no es Dios y que, si es útil para muchas cosas, nada tiene de respetable»; palabras de apóstol, sin duda, no de hombre avezado á la realidad, como lo era Lerdo, porque el dinero cuando es de veras útil es de veras respetable; los discursos de Cruz Ahedo, de Mendoza y Baz en Michoacán, las inflamadas y un poco absurdas arengas de González Ortega y, en torno de ellos, una nube cargada de todas las fulminaciones, de todas las amenazas, de todas las blasfemias, de todos los estímulos y de todas las marselesas; todo esto, apóstoles, filósofos, oradores, poetas, todo no había sido bastante á mermar el catolicismo nacional. Había sido parte, eso sí, y magna, en la formación de un grupo de pluma y armas á la vez, que había llevado al paroxismo de la pasión la defensa de las ideas nuevas, que se sentía capaz de sacrificarse por ellas, y dejando á los negociantes, á los publicanos del liberalismo, á los que veían en la revolución un medio de llegar á LA ADJUDICACIÓN, afrontaban las persecuciones, los calabozos y los cadalsos, y entraban en los campos de batalla con un gran calor de hoguera en el corazón y un gran fulgor de ideal en el alma.

☪ Esos núcleos son admirables en las revoluciones; después trastabillan y caen y arrastran en su caída á muchos, porque creen en la posibilidad de realizar instantáneamente sus ideales; los gobierna la lógica inflexible pero IRREAL del sentimiento. Pero en la hora sombría de las batallas decisivas, ellos son los que arman á las revoluciones con el arma incontrastable del triunfo, con las ideas transformadas en pasiones.

☪ Para Juárez, y sabiamente lo acordó así, la legislación reformista era inevitable cuando suficientemente quebrantado el poder militar de los reactores, la predicación de la guerra santa, que inevitablemente seguiría á la promulgación de lo que llamaban los reaccionarios EL CÓDIGO DE SANGRE, no pudiera tener un suceso tal que multiplicase la fuerza de resistencia del reparo tras el cual la reacción se debatía furiosa; fácil era pensar que la Iglesia al sentirse confiscada, expoliada, reducida á la miseria (así lo creía el clero) sacrificase el todo por el todo, y entre dejarse robar, como decían los periódicos de Méjico y Guadalajara, por los adjudicatarios, y robarse á sí misma para entregarlo todo á Miramón, ni podía vacilar, ni vacilaría. En todo esto había que pensar, y Juárez pensaba, no en aplazar indefinidamente la Reforma, sino en esperar el momento oportuno de definirla legalmente: nadie ha negado á un gobernante el derecho de escoger el momento oportuno para tomar una determinación; sólo los implacables censores póstumos de Juárez, resueltos á encontrar todo pésimo en el adversario que han engendrado y documentado al margen de la Historia, han podido hallar en esto tela para bordar un furibundo cargo.

☪ No sólo Juárez, sino Ocampo; este reformista, radical como era, enemigo por

temperamento de las resoluciones á medias, que deseaba con infinita vehemencia el triunfo de sus ideas hasta el grado de confundir la noción del deber patriótico y la del deber político, Ocampo también opinaba por no precipitar nada. Ocampo era el sociólogo de la Reforma; lo que concebía era perfectamente justo y bueno; la Reforma reducida á legislación aplicable antes del triunfo, pensaba, es la riqueza nacionalizada puesta en manos de LOS ACAPARADORES, equivale á hacerla para unos cuantos; el pueblo mejicano se habrá desangrado para enriquecer á una cuadrilla de pillos (decía y redecía este vocablo fustigante), mientras que al día siguiente de establecido el Gobierno en Méjico, las cosas pueden tomar otro camino : la Reforma puede enderezarse al beneficio de muchos, y repartirse entre un gran número de agricultores los bienes del clero, que era un simple administrador y usufructuario de riquezas que rigurosamente no eran de nadie, pues que eran de las almas.

☪ Ocampo habría querido que la nacionalización hubiese producido en Méjico los mismos efectos que en Francia : la creación, ó por lo menos la consumación del movimiento que llevó la riqueza rural francesa á una clase numerosa de pequeños propietarios; esta dislocación de la propiedad territorial fué la magna obra social de la Revolución; ella formó otra clase burguesa adicta á las ideas nuevas, porque con ellas estaban vinculados sus intereses. Y esto era lo que Ocampo quería y por esto deseaba aplazar la promulgación de las leyes. De aquí, el choque sordo con Lerdo de Tejada. Para Lerdo, hombre acostumbrado á basar lucubraciones sobre datos, sobre guarismos, con mayor ó menor acierto manejados, las ideas de Ocampo eran apenas realizables; Ocampo era un poco visionario.

☪ Lo preciso, lo urgente era precipitar la promulgación de la Reforma, entre otras cosas, porque así las operaciones que hacían todos los jefes revolucionarios con los bienes del clero mermando el tesoro de la nación entera, se contendrían, y el gigantesco despilfarro autorizado en todos los ámbitos del país, no seguiría produciendo los males que ya había producido, muchos de ellos irreparables.

☪ Pero Lerdo no daba á este modo de considerar las cosas una importancia principalísima; su mira consistía en negociar con la garantía de los bienes nacionalizados un empréstito en los Estados Unidos; con el dinero que así se obtuviera se podrían dar los golpes de gracia á la reacción, porque se podría armar un gran ejército liberal. Ocampo no tenía confianza alguna en el buen éxito de esta tentativa; comprendía que reducida la garantía á PAGARÉS castigados forzosamente en un tanto por ciento que sumaría una crecidísima cantidad, valdría poco, sin tener en cuenta que el valor de la riqueza de manos-muertas había sido inconsideradamente exagerado. En todo lo cual no se equivocaba EL VISIONARIO, como los hechos lo comprobaron luego. Mas para EL ESTADISTA que, poco después de su llegada á Veracruz, ocupó el Ministerio de Hacienda (lo que era indicio de que el Presidente adoptaba su modo de ver), la operación financiera con nuestros vecinos debería ir aparejada con una muestra absolutamente clara de la buena voluntad del Gobierno mejicano hacia los Estados Unidos, cuyo temporal protectorado no era asunto excluído de las consideraciones á que se prestaba una

cuestión que parecía sin salida, en muchos de los círculos liberales. De aquí nació el pseudo-tratado Mac Lane.

☪

☪ Entre Ocampo y Lerdo surgió desde entonces una aversión no siempre latente y que después del triunfo reformista estalló en violenta polémica, emprendida por ambos cuando no podían imaginar que se hallaban á la orilla de sus sendas sepulturas. Pero, sin que sea nuestro propósito exagerar nada, ni exaltar á nadie, conviene mostrar la llaneza con que, tanto Juárez como Ocampo, no sólo no crearon obstáculos al programa de Lerdo, sino que pusieron toda su buena voluntad en colaborar con él y coadyuvar en sus designios, y en aquellos tiempos anárquicos en que parecían haberse desatado todas las pasiones y evolucionaban en libertad, ¿no fué ésta una prueba de que en las grandes crisis religiosas ó políticas se llega, casi sin esfuerzo, á la cima de los más encumbrados sentimientos morales de que nadie se hace un pedestal, y que por más que son de primer orden, porque importan sacrificios de convicciones, de amor propio, que pueden reputarse inmensos, se realizan, los realizaron Juárez y Ocampo, noble y simplemente? Ni alusión hicieron á ellos.

☪ Fué D. Santos Degollado quien resolvió el problema imponiendo su convencimiento apostólico á Juárez, á Ocampo, á quien entrañablemente amaba. Degollado traía, digámoslo así, el ambiente mismo de las luchas sin resultado, de las batallas sin tregua, de la desesperación de las víctimas, de la exasperación de los combatientes. Cuando Mac Lane decía á Juárez, en su discurso de presentación oficial, que el Gobierno de los Estados Unidos había llegado á comprender que la mayor parte de la nación estaba con el Gobierno liberal, los periódicos reaccionarios se entretuvieron en enumerar las poblaciones de importancia en que dominaba el ejército de Miramón; pero, á pesar de eso, tenía el plenipotenciario razón, gracias á los milagros de Degollado : quien encuentra en cada derrota el modo de rehacerse, de reorganizarse, de mejorarse, indica que el país es para él una especie de inagotable RESERVA, en donde se podrían tomar á manos llenas soldados y recursos; que habla en la nación una materia prima de donde surgían sin cesar los elementos de renovación que permitirían á los reformistas durar más que sus adversarios.

☪ Degollado dirigió, en el siguiente mes del desastre de Tacubaya, una circular á los gobernadores en que expresaba precisamente esa necesidad de renovación que permitiría acabar con los reactivos, para lo cual necesitaba elementos que sólo podrían encontrarse en LA FUENTE DEL PODER CONSTITUCIONAL Y, CON SU AUTORIZACIÓN, EN EL EXTERIOR. El documento cuidaba de puntualizar los dos mantediales de fuerza para la reacción : los bienes del clero y los de los grandes propietarios (lo que sólo era cierto GROSSO MODO, porque estos recursos, mermados á porfía por entrambos partidos, eran cada vez más exiguos). Al mismo tiempo mostraba la situación pecuniaria de los ejércitos reformistas, á quienes, una vez agotados los productos de los préstamos forzosos y del tráfico interior, de suyo